

En el cuerpo de las alas todos colaboraron, porque no había otro: tanto era lo necesario como variado. Si tersamente pudieron cubrirse los armazones de madera con la lona recortada a su misma proporción y con pequeños clavitos de bronce, para el pegoteo subsiguiente de los plumones todos contribuyeron. Unos con la harina, es cierto, que de jergones y almohadas no sabían más que la envidia provocada al ver la blandura del lecho de los menos. Otros, con la misma pluma del almohadón rasgado, y así, en tanto las lonas untadas del improvisado engrudo se iban cubriendo ordenadas de las plumas suaves de los patos y gansos que no conocieron, la imagen de lo imaginado por El ya fue cuerpo cierto. La solución a la muerte de vacas, toro, gallinas, Antolín, Odila y los que pudieran venir, cosa hecha: no había más que esperar al día elegido o presuponerlo apenas fueran los vientos favorables.

El comía menos de lo habitual y de su liviandad manifiesta ya nadie dudaba, tan propicio parecía todo a su propósito. De la mañana a la noche seguía buscando grietas en el cielo limpio, y sólo al caer el sol se llegaba adonde Saturnino a corregir detalles, a limar asperezas, a comprobar la seguridad de las bisagras y su adecuado giro al ritmo de los tirones de los tientos que tomaría de sus manos. No es que dudara de su decisión y menos de la tarea tan colectiva que lo secundaba, pero a todo parecía buscarle la seguridad que su imaginación no le brindara con el mismo ímpetu del instante en que concibió, ante los ojos desmesurados de Antolín, su obligada misión.

Cuando se esperaba que los plumones secaran, El ya estaba trazando su derrotero más directo. Recordando los pisos curvos de la órbita celeste, sólo le faltaba marcar jornadas que no fueran excesivamente penosas, pautar descansos a cada uno de los niveles, y así como eran siete los días de la semana, calculaba en otro tanto su transcurso. Sólo una duda le quedaba y era recordar el nivel de la morada de Dios, algo que nadie aclaraba por no saberlo: si era antes o después de la luna que estaba el pregonado reino de los cielos. De cómo llegar, ya sabía, traspuestos que estuvieran los portones que vigilaba San Pedro o aquellos otros de sentado a la diestra de Dios Padre que le enseñara el buen cura en su rápido pasaje por El Paso.

Pero todo podía estar antes de la luna, en cuyo caso no habría problema; o después de ella, para el cual no veía la forma de traspasar la insospechada grieta de la bóveda final y llegar a su seno. Era esta la única duda que lo agobiaba, y a despejarla dedicaba buena parte del trazado con que concretó el mapa final de su viaje.

Todo estuvo previsto, incluso su mejor ánimo, en la fecha elegida y el día, como tantos otros de los meses previos, despuntó limpio y con un viento suave que todos previeron de lo mejor adecuado. Y como

para no amainar el ímpetu que había de necesitar para despegar primero del duro suelo, esa misma mañana murieron la última vaca y dos de las catorce ovejas que balaban aún en la medianía. La gestión —aquél no toca otro remedio con que debía apersonarse a Dios— era de tan asegurada necesidad que nadie pensaba en otra cosa que en verlo partir agitando sus flamantes alas. Sólo faltaba que uno de los más jóvenes, frescas aún las travesuras de birlar pichones a los nidos, subiera al más alto de los eucaliptos del monte cercano, armara de tal modo la polea que hiciera posible levantarlo a El hacia lo alto, facilitando así, en varios metros, la partida que fracasó en tierra, porque así fue primero.

Había sido al principio, colgada al hombro la mochila con unos boniatos asados, una tira de asado de oveja carneada en su justo homenaje y en aras del éxito de su esperada misión ante Dios. Había iniciado una carrera loma abajo con el adiós de todos. Batiendo ágilmente el mecanismo más regular de las inmensas alas de que era portador, aún ajustado su ritmo al tironeo simultáneo de los tientos atados a sus puntas, no pudo recorrer más allá del metro previo a su espectacular caída.

De allí fue recogido, protestando algunos, sintiéndose realmente los más. Sin sacudirle el polvo de su mejor traje y al puro empujón del desconcierto, lo llevaron de inmediato al eucalipto del monte, elegido entre los más altos. Así trepó entre sus ramas el joven, llevando la polea y la punta de una larga soga y armó el improvisado mecanismo al que lo ataron y luego lo izaron, para verlo perderse, bamboleante e inseguro, hacia lo alto. Tiraban de una punta cuatro, entre ellos Pascual, con las ganas que le daba la mala fortuna de sus vacas muertas. En ese momento alguien recordó un problema tan propio que le gritó: «Pídele al Señor Dios por mi hija Ramona», y eso fue como si se desencadenara la memoria olvidada de cada uno, tal era el mal general hasta ese momento. Casi a punto de soltar la cuerda estuvieron los mismos que iban tirándola hacia lo alto para hacer de un mejor modo —las manos, por ejemplo, apantallando el grito— su singular pedido. Y él, desapareciendo entre el follaje, tratando de esquivar las ramas que pudieran rasgar sus preciosas alas, no sólo no les prestó atención, sino que, por primera vez, sintió miedo.

La lógica de tantas semanas hilvanadas hasta con la muerte de Antolín parecía desmenuzarse en la medida en que todos se empequeñecían a sus pies, agitando sus brazos, gritando sus pedidos particulares, que ya nada o poco tenían que ver con aquella sequía y las muertes por ella provocadas. Por eso —y sólo entonces— sintió miedo.

En la copa del eucalipto miró la radiante mañana, verificó el meca-

nismo de sus alas, sacudió de una de ellas las hojas trenzadas al plumón, se desató la soga que lo había izado y se dispuso a ir a ver a Dios con más fe que nunca. Abajo todos le despedían, y sólo Vicente permanecía quieto y aislado. Sus dedos, entumecidos de estar cruzados desde hacía tantos días, temblaban. Pero él no lo supo desde lo alto, y así, encomendándose al mismo que iba a ver, se lanzó al vacío.

Se le vio caer y no volar.

Era como un inútil pataleo el de sus piernas y sus grandes alas desaparejas en su batir continuo. Así iba perdiendo altura, y los más cercanos a su aproximación aterrada corrieron. Entre ellos, Vicente, soltando por extrañeza el puente de sus dedos casi unidos en el cruzamiento con que cerrara la despedida a Odila, a la cabecera de la tumba de su hijo Antolín. Un raro recobrar del sentido perdido de las cosas, como las habían entendido hasta que llegó la sequía y la muerte multiplicada, los agitó a todos y a cada uno, en la misma medida en que caía y no volaba, en que algunas plumas se despegaban y llovían como copos de nieve que nunca imaginaron. Y ese sentido recobrado de las cosas era tremendo, y así, en unos segundos, pudo decirlo alguno.

Pero no.

Cuanto más su cuerpo caía, El sentía menos acelerado el descenso y en la misma medida en que trataba de recobrar el ritmo del batir de las alas que no había logrado armonizar en su primer impulso, sospechó la solución, y lo que creyó inútil pataleo, fue para quienes lo vieron el desprendimiento de sus zapatos como liviandad a golpes asumida. Y así primero; mas luego fue la misma mochila con las vituallas para su largo viaje las que vieron todos cómo arrancaba lejos de sí, como un lastre que hiciera posible su esperado flotamiento progresivo en el espacio que tenía por recorrer ante sí y la comprobación de la certeza de su carta de ruta, sólo imaginada hasta el momento.

Y pudo ser cierto, cuando casi estaba a dos metros del suelo, verlo frenar totalmente su caída y a golpes torpes, acuciados por la propia fe de todos, ir asegurando por la misma resistencia del aire y la gravedad vencidas, todo cuanto necesitó para ir remontando lentamente la distancia perdida, y aún más: aquella sospechada que lo llevaría tras las nubes.

Así lo vieron todos partir, incluso Vicente, a los golpes tenues de sus largos remos aéreos, dejando una breve estela de plumas al principio, su sombra diminuta luego. Los más previsores, entonces, recogían los restos de su mochila del suelo, y alguno, más por hambre que por ansiedad, mordían los machucados boniatos y el asado que debió ser alimento de su viaje.

Del mismo modo se le vio desaparecer tras el resplandor inequívoco del sol, ya demasiado alto para seguir permaneciendo a su luz sin sombrero y sin otra protección que unas manos que ya no saludaban y se empeñaban en ser viseras de los ojos entrecerrados por su violento brillo. Lentamente, pues, irían todos volviendo hacia sus casas, alimentando la esperanza de una gestión tan bien iniciada. Bajando el monte, vadeada la laguna de barro reseco, se disiparía el grupo, y aquella noche, en un silencio total, comerían algunos el resto del contenido de la mochila caída, sin atreverse nadie a quebrar ensalmo tan bien tramoyado y concebido, como lo estaba éste de las que fueron ilusiones de todos.

En los días siguientes todo fue lo mismo, es decir, murieron algunas ovejas más, otro niño apareció morado con sus ojos más abiertos de la cuenta y el sol brilló sin transacciones en un cielo calcificado de puro reverbero. Todos, con esa misma sequía continuada, hasta pudieron irlo olvidando, tan de acuerdo con los días anteriores aparecía su gestión emprendida con tanto sacrificio. Alguien recomendó paciencia y marcó en un poste—que miraban todos cada mañana—los días transcurridos desde su partida. Y no fue casualidad que al séptimo fueran muchas más las nubes que las excepcionales de por aquel entonces, ni milagro alguno que al octavo rompiera a llover, con todo lo cual, algún memorioso, como Pascual, pudo decir: «Entonces el Señor Dios tiene su reino antes de la Luna.»

Y llovió de tal modo, que la lagunilla recobró su orilla, el arroyo su cauce y el gallo su apresto para cantar madrugadas con su dura cresta y perseguir las pocas gallinas desplumadas que quedaban en El Paso. Tan natural resultó todo, que así volvieron a ser lo que fueran antes de la sequía, nadie gritó más de la cuenta y las cosas recobraron su ritmo olvidado. Aquel ritmo que marcó cosechas, tantos veranos como inviernos, el vientre de los animales y su curiosa miseria.

Pero muy pronto, un día de los siete en que llovió seguido, uno de los niños volvió agitado del monte. Lo había visto a El, sólo que muerto.

Allí fueron todos, lentamente, tras las huellas del niño. Y lo vieron muerto y maltrecho, sus alas astilladas y las plumas hechas la pasta infame que la lluvia pertinaz agudizara. Al verlo así muerto, alguien miró hacia lo alto y descubrió el mismo eucalipto del que partiera, tan trastabillado al principio como triunfante luego. Así como, unánimes, lo comprobaron todos, se pudo dudar entonces si realmente había volado alguna vez y si la lluvia feliz tenía algo que ver con su cuerpo tan magullado. No se discutió, sino que se lo tomó sin mucho cuidado y se lo enterró, cruzadas sus alas quebradas a modo de un resabio

cristiano que un Saturnino perezoso en demasía no quiso perfeccionar. Luego, no se volvió a mencionar su nombre.

Era más fácil, recuperada la naturaleza de su sobresalto, normalizada una vida que nadie de tan lejos intuyera como repetida, verlo caído realmente desde su salto inicial y no tras los siete días de su proyectado viaje. En resumen: como si hubiera sido el suyo error de despegue y no el menos obvio y compartido del aterrizaje. Y por lo fácil de aquél, así fue aceptado y repetido a cada uno de los hijos de los que quedaron en El Paso.

Pero lo que no supo nadie nunca es que él no murió por golpe alguno de caída, sino por algo mucho más triste y general, de hambre.

FERNANDO AINSA
Rimac, 1732
MONTEVIDEO